

Tendencias y alternativas urbanas

En el número 106 de nuestra revista titulado «La ciudad, una cuestión de derechos» ya abordamos el tema o la «cuestión urbana». Entonces, reunimos algunos de los principales debates en torno a la ciudad, algunas de las tendencias urbanizadoras y la crítica al modelo metropolitano mercantilizado, securitizado y privatizado como inhibidor de la participación y de la cohesión social. Con el actual número pretendemos ahondar en la importancia del territorio para la experimentación y ensayo de alternativas desde las prácticas sociales.

El espacio urbano no puede entenderse sino inserto en el proceso histórico de las estructuras social, política y económica. La distribución del espacio reproduce las exigencias del sistema productivo pero es también donde la acción social se vincula a las prácticas políticas, nacidas de diferentes proyectos sociales alternativos, que pretenden transformarlo. Es un escenario social en el que se cruzan y vinculan la realidad urbana y la vida cotidiana, donde se producen las relaciones sociales y lugar central para la reproducción social.

Son varias las tendencias de largo recorrido que atraviesan el hecho urbano. La vida en la ciudad bajo la lógica del sistema capitalista está dominada por la acumulación de capital en el marco de un mercado de intercambios que, basado en la competencia, se sustenta sobre la desigualdad social y estructuras de dominación por razón de género, etnia, “raza”, etc., reguladas por una determinada construcción jurídica de los derechos individuales. La resistencia y la acción frente a esta elaboración de sentido pasan por la utopía y la concurrencia de otros ideales de justicia.

INTRODUCCIÓN

Las actuales metrópolis tienden a la polarización social y a una creciente guetización. En un polo, quienes han podido beneficiarse de las oportunidades que el propio ciclo del sistema les ha brindado, incluida la posibilidad de acceso (o de consumo) a servicios sanitarios y educativos de mayor calidad. El mismo ciclo produce sujetos atravesados por divisiones y exclusiones de género, de clase, raciales, étnicas y por la precariedad, el endeudamiento y el límite de acceso a unos servicios públicos en franco deterioro. Aún más, en el margen del margen, reinan la exclusión y la invisibilidad.

Las políticas desarrolladas en los nuevos espacios metropolitanos, alejadas del interés general, han abonado el individualismo y la apatía cívica. En tales espacios se produce el «bloqueo de lo político»,¹ en el sentido de que se interrumpe el desarrollo político, se limita la expansión de derechos sociales y se extiende la desmovilización. La democracia representativa occidental –que se pone a sí misma como límite y, a la vez, culminación del progreso político– potencia ese agotamiento de lo posible pragmático-conformista, neutralizador de las acciones políticas transformadoras que se muestran incapaces de volver a convertir la ciudad en el motor del proceso democrático.

Por todo ello, parece necesario hoy visitar el concepto del «derecho a la ciudad» –que otorga protagonismo a los sujetos en las redes y circuitos de comunicación, información e intercambio–, y de «centralidad». La realidad urbana tiende a forjarse en torno a un centro donde se produce el agrupamiento de lo que puede nacer y producirse en el espacio. El derecho a la ciudad trasciende el acceso a lo ya existente y avanza hacia el derecho a cambiarlo a partir de profundos anhelos. ¿Cómo, cuando la ciudad es también el escenario histórico del conflicto, la destrucción y la creatividad simultáneamente?

Individual y colectivamente hacemos ciudad a través de nuestras acciones cotidianas (y de nuestro compromiso político, intelectual, material), y a la vez, la ciudad nos hace a nosotros. En el contexto ciertamente complejo (y hostil) de las nuevas metrópolis no parece sensato renunciar a que desde una democracia participativa activa creemos nuevos espacios urbanos comunes, basados en unas prácticas económicas, políticas y sociales distintas comprometidas con la sostenibilidad, la cohesión y la democracia. La realidad permite vislumbrar experiencias que surgen desde la vida comunitaria y las prácticas de autogestión al margen de las limitadas oportunidades que ofrecen las políticas públicas. Es preciso ahondar en la dimensión de «lo colectivo», en contextos de aglomeración de sujetos diversos y heterogéneos, para impulsar no solo prácticas innovadoras de vida cotidiana y políticas, sino también, evidentemente, unas políticas públicas verdaderamente democráticas basadas en la justicia social.

¹ S. López Petit, *Entre el ser y el poder*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2010 [2.ª ed.], pp. 78-79.

El entorno urbano es también el lugar en el que se manifiestan con especial nitidez los efectos de la crisis sistémica en su dimensión ecológica. La sobrecarga del ecosistema urbano impacta directamente sobre otros ecosistemas de los que se nutre. El ritmo de crecimiento económico anterior atentó seriamente contra el equilibrio ecológico, y las medidas posteriores a la crisis han vuelto a poner en segundo plano la urgencia de evaluar su impacto ambiental. Los criterios de la mercantilización alcanzan también a los valores naturales, los banaliza y convierte en etiquetas engañosas, y escoran el ecosistema hacia la sobrecarga de infraestructuras y el despilfarro de los recursos naturales.

Partiendo de un recorrido por las principales tendencias urbanizadoras mundiales que explican las actuales dinámicas, nuestra sección Especial de este número aborda las reflexiones sobre cómo el estudio del metabolismo urbano, sus ciclos de materia y energía, pone de manifiesto la presión que ejerce el ecosistema urbano sobre el resto de ecosistemas para mantener su equilibrio. La estabilidad ecológica y social del territorio depende del aprovechamiento sensato de los servicios que le proporcionan otros ecosistemas. Los datos apuntan ya a la urgencia de un replanteamiento del modelo urbano –su transformación global– basado en un proyecto de ecociudad que aborde con rigor la sostenibilidad en el ámbito urbano. A la hora de analizar los procesos, la focalización en los núcleos urbanos ha cedido protagonismo a los que acaecen en el ámbito difuso y sin nombre que se extiende entre las ciudades consolidadas.

En el descenso al ámbito local, la noción de territorio es el lugar privilegiado para el encuentro, la interacción y la intensificación del vínculo social desde un proyecto colectivo; el lugar en el que se evidencian las tensiones entre el ámbito productivo y el reproductivo, entre lo público, lo colectivo, lo privado, y la crisis de los cuidados. Pero también ha sido y es el lugar para la resistencia y el conflicto y la lucha por unas mejores condiciones de vida.

El territorio se dibuja como el ámbito privilegiado en muchos sentidos para las dinámicas de transformación social. La vida urbana es indisociable de los barrios, en los que se entrecruzan el territorio, las prácticas, los imaginarios sociales y el conflicto. En la actualidad desde ellos se expresan las demandas de la ecología, la economía solidaria o la democracia participativa. En este marco se ubica el denominado movimiento de okupación como práctica de acción colectiva, basada en la resistencia a la lógica de la especulación inmobiliaria que se concreta en los centros sociales okupados autogestionados, convertidos hoy en lugares desde los que pensar la ciudad. En la actualidad han logrado la creación de una conciencia y una práctica ciudadana basada en la implicación directa con ese entorno más cercano. En esta misma sección se aportan reflexiones sobre las prácticas de agricultura ecológica urbana y la potencialidad social que tiene la producción de alimentos en un contexto urbano, o como estrategia de desarrollo, que contribuye además a la eficiencia del metabolismo urbano y permite el aumento de la diversidad biológica.

Introducción

Cerramos la sección con una reflexión crítica sobre la armonización –implícita al ciudadanía– del espacio público y capitalismo, con el objetivo de alcanzar la paz social. El Estado logra desde él desmentir momentáneamente la naturaleza asimétrica de las relaciones sociales que administra.

Tres experiencias concretas integran nuestro Periscopio desde la construcción colectiva de sostenibilidad social en el caso del distrito de Carnide, Lisboa; pasando por el ecobarrio de Vauban en Friburgo, anterior cuartel de la OTAN y actual laboratorio de vida alternativa; hasta la creación de ecobarrios en Bogotá basados en el impulso de la vida comunitaria. Nuestra sección de Panorama aborda desde una perspectiva crítica el turismo como estrategia de desarrollo en Centroamérica y su potencial para el empoderamiento de las mujeres; y una reflexión desde el periodismo crítico sobre las noticias de guerra como producto de entretenimiento y su relación con las agencias de relaciones públicas. En nuestro Ensayo continuamos el recorrido por la trayectoria vital e intelectual de Manuel Sacristán y cerramos con una entrevista sobre la originalidad intelectual del sabio andalusí Averroes.

Olga Abasolo